

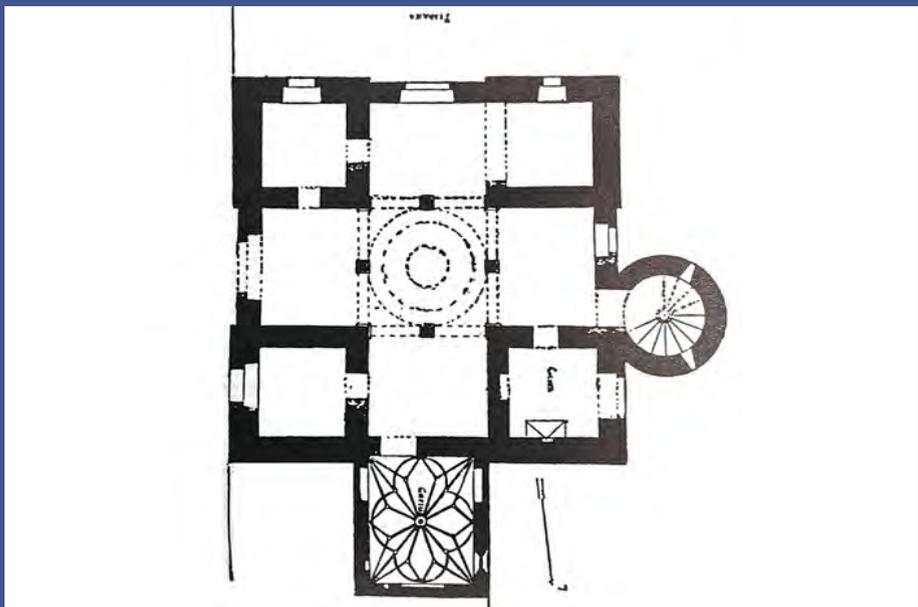
MEDINA DEL CAMPO

Casa Blanca

Linterna central, estancias varias y capilla

1559-1563

Pérdidas de volumen y policromía



“La forma un terreno de cerca de 20 hectáreas, y en ella castillo y casa con torre de privilegio, oratorio, habitaciones espaciales, casa de guarda, establos, alameda y huerta, con estanque, manantial y fuentes.”

Quizá, esta “descripción” de los hermanos Rodríguez Castro (1880) sea la más antigua conservada de la que hoy conocemos como “Casa Blanca”, palabras dignas de consideración si tenemos en cuenta que hasta entonces todos los viajeros y cronistas que habían pasado por la villa (Ponz, Quadrado, Antero...) ni siquiera llegaron a mencionar la existencia de la finca. Mayor fortuna, si cabe, se ha tenido en cuanto a su representación gráfica, pues las vistas de la ciudad pergeñadas por Anton Van den Wyngaerde en 1565 y 1570 nos ofrecen ya las primeras imágenes de este complejo. En ellas se aprecia su singular figura, su carácter de caprichosa villa suburbana y su ubicación, en las inmediaciones (a unos dos o tres kilómetros) de Medina del Campo.

Al parecer, su curioso apelativo entronca directamente con el origen de tan singular construcción, ya que en ella habitó durante muchos años Blanca de Estrada, esposa de Francisco de Dueñas. Este era biznieto –que no hijo, como se ha creído en algún momento debido a su homonimia– de don Rodrigo de Dueñas Hormaza, regidor de la villa, banquero y consejero del rey Carlos I, y a él es a quien se debe el encargo de esta “casa de placer”, como se la denominaba ya en el siglo XVI. Otra teoría, no exenta de cierta lógica, apunta a que en realidad su sobrenombre se deba al pulcro color con que pudo estar cubierta tanto interior como exteriormente. Y es que, como apunta Fernández del Hoyo, se tienen noticias de otras viviendas que recibieron idéntico apellido, como la residencia campestre que los Tovar poseían a las afueras de Valladolid.

Sea como fuere, lo cierto es que la Casa Blanca es un edificio lleno de singularidades e incógnitas en lo que a nuestros intereses respecta. Sin duda, la primera de ellas radica en su construcción, pues se desconoce el nombre del arquitecto que la trazó. No han sido muchas las propuestas sobre las que la historiografía ha especulado en cuanto a los maestros que pudieron idear y dirigir la obra. Es más, tan solo son dos, la primera apoyada por Pérez Villanueva y García Chico, que atribuían la parte arquitectónica del conjunto al propio Juan del Corral; la segunda y más reciente (Urrea y Parrado), ponía

sobre la mesa el nombre del cortesano Luis de Vega y su sobrino Gaspar, aduciendo razones estilísticas pero sobre todo que por estos años ambos se encontraban en Medina trabajando para los Dueñas. Aunque parcialmente alterado en su aspecto exterior, nos encontramos ante un edificio de planta cuadrada que inscribe en su interior una cruz griega y en cuyos espacios angulares se elevaban torres almenadas que destacaban en altura sobre los cuerpos intermedios. El cuerpo central se eleva a modo de torreón, cuya parte alta interior se cubrió con cúpula semiesférica. Han de sumarse dos volúmenes más a este cuadrado perfecto, hacia el norte una estancia rectangular que, techada con bóveda de crucería estrellada, servía como capilla, y adosado al muro occidental un cubo cilíndrico donde va la escalera de caracol. Mucho se ha escrito sobre la singularidad de esta planta para una villa de recreo, constituyendo acaso un *unicum* en su género. Diversos artículos dedicaron Agapito y Revilla y Lampérez (y últimamente Garrido Zurdo) a tratar sobre el excepcional planteamiento espacial del edificio y sus relaciones, por ejemplo, con la tipología de algunos templos bizantinos, por lo que no parece necesario insistir más en ello.

Esa imagen de fortaleza a la que se aludía desde antiguo quedó desfigurada en un momento incierto al rasurarse las almenas de las torres angulares y de la linterna central (lo que además le restó airoso y movimiento), pero sobre todo al recrearse los cuerpos intermedios hasta la altura de las anteriores para obtener nuevos espacios practicables. Aún así, la poderosa estampa del cercano Castillo de la Mota, igualmente levantado con el característico ladrillo rojizo de la zona y puntuales detalles pétreos, servía como idílico parangón para sostener ese carácter de pequeño castillete o de “fortaleza de juguete” como llegó a calificarla Antón (1916). Aunque en las fotografías actuales resultan fácilmente discernibles los cambios aludidos, su comparación con la imagen captada por Wyngaerde –cuando no había transcurrido ni una década de la finalización de sus obras– se torna esclarecedora.

Todos los que desde comienzos del siglo pasado han conseguido acceder a la casona, tarea que hoy se antoja casi imposible, nos ofrecen suculentas descripciones en las que se amontonan incontables y preciosos epítetos. A tenor de sus numerosos trabajos, todo parece indicar que los primeros estudiosos que traspasaron las cancelas de



Casa Blanca. Anton Van den Wyngaerde (1570). Nationalbibliothek de Viena

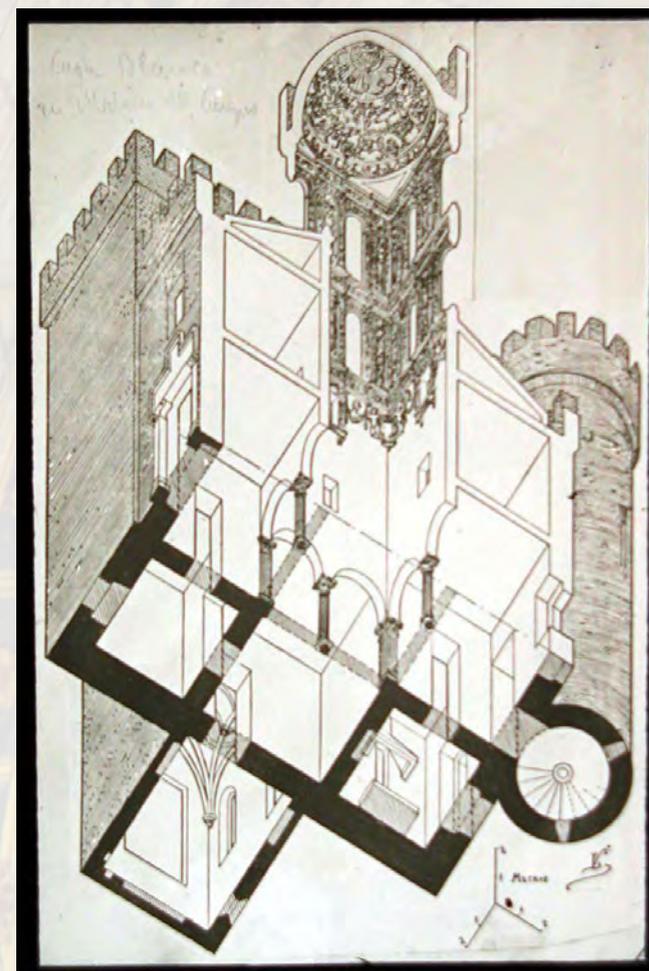


Vista del exterior de Casa Blanca (editada)
Archivo Fotográfico del Museo de las Ferias (Medina del Campo)

la finca fueron Juan Agapito y Revilla, Vicente Lampérez y Francisco Antón, y además lo hicieron de manera casi coetánea, entre 1916 y 1919. Bien es cierto que Agapito y Revilla se encargó de defender reiteradamente que él había sido el primero en fijar el interés de Casa Blanca y Antón en su *Catálogo monumental* refirió los estudios y dibujos (restituciones) de los dos anteriores.

Sin entrar en tan banales disputas sus palabras hablan por sí solas “El interior rompe con lo tradicional y corriente en estos edificios de campo... Es una verdadera lástima que no se hayan respetado todos los detalles primitivos, porque era un lindo modelo, digno de inspirar tipos a nuestras casas de campo, fiel imitación hoy de las *villas* extranjeras; por lo menos «Casa Blanca» es de un arte netamente español”. Más prolijo en detalles que Agapito y Revilla lo fue Antón que, aunque aborrecía su aspecto exterior, quedó prendado con lo que se escondía de muros hacia dentro: “Pero el interior es otra cosa; esto sí que aparece como digno de imitación y copia..., ostenta una decoración magnífica en yeso modelado y pintado, del tipo más elegante y rico en lo del primer renacimiento..., una labor copiosa, espléndida, profusa y delicada a la vez, siempre de gran dibujo, de ejecución primorosa y libre, de gusto exquisito y de maravillosa esplendidez..., algo realmente extraordinario”.

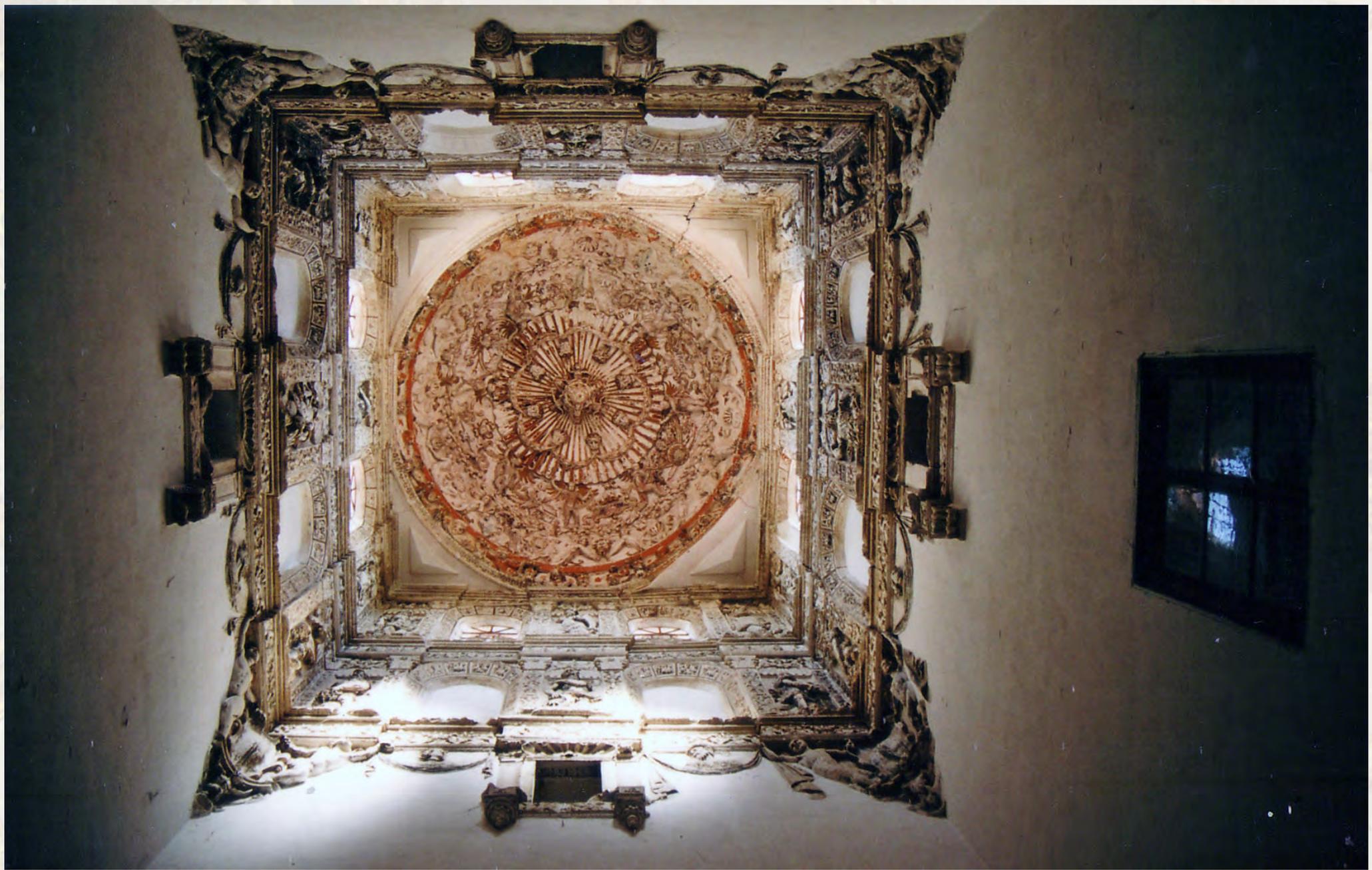
Al no haber podido acceder a la Casa, nuestro juicio, se basará, en cierta medida, en los juicios de quienes nos han precedido en el estudio de la casa y en el análisis de las fotografías históricas y de otras más recientes conservadas en el Archivo del Museo de las Ferias (Medina del Campo), cuya consulta nos ha facilitado amablemente su director, don Antonio Sánchez del Barrio. Para comprender perfectamente la compartimentación interior del edificio tenemos la fortuna de contar con una axonometría seccionada dibujada por Lampérez en 1922. En ella se aprecia esa división en nueve cuadrados, donde el espacio central es, en realidad, un patio interior sustentado por columnas y pilastras angulares de fustes acanalados y capiteles compuestos de variado diseño. Sobre dichos soportes descansan arcos tendentes al medio punto, dos en cada costado, marcando el inicio de una elevadísima linterna que comprende y supera holgadamente las tres alturas en que se divide la vivienda. Es en este ámbito donde se concentra la mayor parte de aquellas maravillosas y elegantes yaserías.



Axonometría seccionada (Lampérez, 1922)



Vista general del patio interior (Antón, 1919)



Vista interior de la linterna de Casa Blanca (editada)
Archivo Fotográfico del Museo de las Ferias (Medina del Campo)

Todo apunta a que la construcción del edificio que hemos visto se inició en 1556 y tres años después estaría terminado en su mayor parte. Quizá en este momento daría comienzo la labor de decoración, que hubo de concluirse no antes de 1563, fecha que leemos en una cartela pintada en la jamba de un vano de la planta baja.

Precisamente la autoría de esa ornamentación en yeso fue otra de las incógnitas que guardó la Casa Blanca, aunque esta sí pudo solventarse y en fecha temprana. No fue en este caso el pionero Agapito y Revilla el que dio con la clave, aunque sí le debemos a él algunas de las primeras hipótesis. Comparando los exornos de la casa con los del patio del Palacio de Dueñas, también en Medina, habló del “estilo de Berrugete” (antes lo habían hecho Ponz y Moyano), pero también del maestro Andrés de Nájera (nombre propuesto también por Tormo). E incluso ofreció una lista de escultores y entalladores que mediando el siglo XVI se encontraban vinculados a la villa y por ello pudieron haber participado en la obra, como Juan Picardo y su yerno Pedro Andrés o Leonardo de Carrión y Diego Rodríguez. Mejor ojo tuvo Antón que, en su inédito *Catálogo monumental*, expresó como esta decoración le hacía “recordar no poco a la capilla de los Benavente, de Rioseco”. Ahondando en esta idea, García Chico y Pérez Villanueva, publicaron coetáneamente sendos artículos (1933-1934) en los que por primera vez salía a la palestra el nombre del maestro Jerónimo del Corral. Se invocaban no solo cuestiones técnicas y estilísticas sino también las cordiales relaciones mantenidas entre el promotor, Rodrigo de Dueñas, y el citado Álvaro de Benavente. A esto podemos añadir ahora que los hermanos Corral de Villalpando ya habían trabajado para la familia Dueñas en la fundación monástica que pocos años antes habían auspiciado en la ciudad, el monasterio de Agustinas de Santa María Magdalena. A ella estuvieron vinculados, al menos, entre 1556 (fecha de terminación de la arquitectura) y 1558 (año de la muerte del patrono y del remate de la decoración). Así que no sería extraño que al año siguiente, en 1559, como se ha dicho más arriba, y una vez diseñado el programa decorativo, los Corral y su taller se trasladaran a la Casa Blanca para ocuparse de sus yeserías durante los años inmediatamente posteriores.

Los muros y vanos de dos de las plantas de la linterna mas el remate cupulado se muestran cuajados de yesos. Fastuosos paneles con decoraciones polí cromas de gran calidad, en las que figura un amplio



Muro lateral de la linterna con sus distintos registros (editada)
Archivo Fotográfico del Museo de las Ferias (Medina del Campo)



Cúpula (editada)
Archivo Fotográfico del Museo de las Ferias (Medina del Campo)



Ventanas del primer nivel (editada)
Archivo Fotográfico del Museo de las Ferias (Medina del Campo)



Ángulo con escudos de los Dueñas en el primer nivel (editada)
Archivo Fotográfico del Museo de las Ferias (Medina del Campo)



Busto masculino del primer nivel (editada)
Archivo Fotográfico del Museo de las Ferias (Medina del Campo)



Vista general del segundo y tercer nivel
Archivo Moreno. Archivo de Arte Español, nº 14631_B (Fototeca IPCE)

repertorio de personajes mitológicos, dioses y héroes entre vegetales, grutescos y otra suerte de motivos siempre presentes en el repertorio de nuestros maestros. Hasta la fecha la descripción más completa de esta ornamentación se debe a Gómez Espinosa (1994) que ante la imposibilidad de acceder a la casa nos es obligado parafrasear.

Al igual que en otros grandes conjuntos, el programa decorativo se articuló en distintos niveles separados por movidos y variados frisos de grutescos (con monstruos, jinetes, temas marinos, mascarones, motivos a *candelieri*...). En el primero –a la altura del segundo cuerpo de la torre– aparecen cuatro vanos enmarcados por pilastras y coronados con veneras. Flanqueándolos, relieves con bustos masculinos y femeninos, algunos procedentes de moldes ya conocidos, que en lugar de inscribirse en los habituales medallones lo hacen en el hueco dejado por varios paños dispuestos a modo de guirnalda. Y en los ángulos las armas de los Dueñas sustentadas por parejas de ángeles.

El segundo y el tercer nivel alternan parejas de ventanas de medio punto abocinadas y de rosca acasetonada con hornacinas de escasa profundidad que cobijan a veinticuatro personajes –identificables los que conservan su leyenda– de la Antigüedad clásica (Orfeo, Claudio Marcelo, Murello Crespino, Escipión, Marco Furio, Luicio Patricio, Publio Valerio...), ataviados como soldados; todo jalonado por pilastras profusamente ornamentadas. Parece probable, como expuso Gómez Espinosa que las *Vidas Paralelas* de Plutarco se usaran aquí como fuente de inspiración. Cada uno de los ilustres personajes representados eran conocidos por célebres actos, por sus virtudes en diversos campos o por su exitosa vida; prestigio y valores que pretenderían arrogarse aquellos primeros Dueñas. Ante tal despliegue, Fernando Checa no dudó en agruparlo junto a otros palacios del renacimiento español en los que el aparato decorativo propagandístico, o si se quiere de ostentación, respondía al modelo literario del “palacio del Héroe”. Sus efigies son variadas, enérgicas y llenas de dinamismo. Movidas composiciones, posturas inestables, cabellos agitados y paños tremolantes denuncian el acusado lenguaje manierista de quienes ejecutaron cada uno de estos relieves.

Cierra el conjunto una cúpula sobre falsas trompas, cuya base la constituye un ancho friso a manera de tambor ornado con más bustos y figuras fantásticas entre drapeados y ménsulas. A continuación



Vanos y hornacinas con figuras del segundo nivel (editada)
Archivo Fotográfico del Museo de las Ferias (Medina del Campo)



Vanos y hornacina del segundo nivel
Archivo Departamento Historia del Arte Universidad de Valladolid (nº 5579)

se suceden varias bandas concéntricas repletas de figuras que sostienen el escudo de los Dueñas, ángeles, frutos, máscaras, bestiario, cueros recortados y cintas de las que penden cartelas con las inscripciones: ONES, BEATI, DOMN y QV[...]. Todo converge en un remate avenerado, de cierto recuerdo a la obra de Rodilana, y en un pijante central de diseño triangular.

A pesar de los evidentes parangones que se pueden establecer en esta obra y otras de su entorno, lo cierto es que su avanzada cronología imprime en ella un carácter propio. Quienes la han analizado en profundidad han sabido apreciar como aquí el estilo de los Corral se alejó de la exuberancia y el delirio decorativo de aquellas fechas más tempranas de la capilla de los Benavente (Medina de Rioseco), decantándose por un estilo más clásico y cercano a lo italiano. A este respecto Parrado del Olmo contribuyó recientemente con una apreciación de notable interés y que sin duda servirá para explicar también esa variación de estilo frente a otros conjuntos vallisoletanos y por supuesto de palentinos. Y es que el influjo de Manuel Álvarez o de los Bolduque se ha sustituido aquí por otro de raíz abulense. La posibilidad, pues, de que escultores esa procedencia como Pedro de Salamanca o Alonso Carrera hubieran colaborado aquí junto a nuestros yeseros no debe desecharse.

Por los testimonios que se nos han legado sabemos de la existencia de frisos de yeso de idéntica autoría en otras estancias del inmueble. En el arco de ingreso a la capilla se aplicaron casetones con rosetas aveneradas rematadas por un florón, similares a los Villaverde de Medina o Rodilana, localidades muy cercanas a Casa Blanca. Y en la propia capilla les pertenecerá la bóveda de crucería, con floroncillos en las claves y cabezas de angelitos a lo largo de los nervios. No es baladí que para este oratorio se encargase en 1575 un retablo al escultor Juan de Juni. Su arte se vinculó al de los Corral en diversas ocasiones, aunque aquí lo haría por última vez, pues dos años después moriría.

Bibliografía: Rodríguez 1903-1904, 493; Antón 1916, 114-115; Agapito y Revilla 1916, 417-419; Tormo 1917, 257-262; Agapito y Revilla 1918a, 233-247; Agapito y Revilla 1918b, 21-35; Agapito y Revilla 1919, 97-99; Lampérez 1919, 66-71; Lampérez 1922, 59-63; García Chico 1933-1934, 332; Pérez Villanueva 1933-1934, 374-377; García Chico 1961, 51-54; Portela 1977, 244-245; Checa 1983, 199-207; Urrea y Parrado 1986, 673-675; Sánchez del Barrio 1991, 117-118; Gómez Espinosa 1994, 43-53; Fernández del Hoyo 2002, 330-333; Fernández del Hoyo 2012, 154-155; Arias, Hernández y Sánchez 2004, 51-54; Parrado 2005, 323 y 327; Garrido Zurdo 2012, 747-770.



Hornacinas del tercer nivel de la torre (editadas)
Archivo Fotográfico del Museo de las Ferias (Medina del Campo)



Bóveda de la capilla de la Casa Blanca
Archivo del Departamento de Historia del Arte
Universidad de Valladolid (nº 5529)